

Palabras Clave: teoría de la guerra – estrategia – ciencia militar – modernidad – ciencia política

Abstract

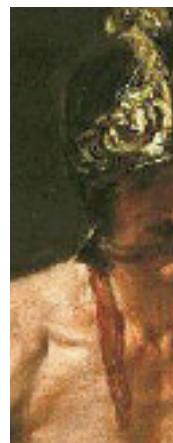
Since its beginning, military science has attempted to identify the formulas, rules and invariable aspects of warfare. In the face of this challenge, military theorists became conscious of the influence of political circumstances on the leadership and practice of war. The results of those studies built the basement of modern military theory, which Prussian General Carl von Clausewitz fully developed.

In this paper, we study the approaches of some of the most important theorists of military science in the seventeenth and eighteenth centuries, focusing on the attention given to political aspects of war. Starting with Vauban's fortification theory, we analyze the "doctrine battles" among Henry Lloyd, Heinrich von Bülow and Georg von Berenhorst. Finally, we examine the thinking of one of the Napoleonic Wars' finest interpreter, and doctrine opponent of Clausewitz: Antoine Henri de Jomini.

Key Words: war theory – strategy – military science – modern age – political science

1. Introducción

En un texto clásico de la sociología argentina, Juan Carlos Portantiero adjudica a Nicolás Maquiavelo el mérito de haber "liberado", según sus propias palabras, a la reflexión política de las ataduras tradicionales de la teología y la filosofía. Esta liberación, sostiene el autor, dio paso a la emergencia de la ciencia política, el primer campo de saber secularizado. Allí coe-



xistirán, junto a las nacientes premisas científicas, las sutilezas del “arte” del buen gobierno.²

Junto a la ciencia política, un vasto y amplio campo de disciplinas reconoce en Maquiavelo a uno de sus padres fundadores; entre ellas, la teoría moderna de la guerra. En los tiempos del Renacimiento, el autor de *El Príncipe* iluminó los lazos que unen al poder con la práctica de la guerra, y al orden político con la estrategia militar y la organización de las instituciones armadas.

Al igual que en la ciencia política, el “arte” y la “ciencia” comparten espacios de interpretación en la teoría de la guerra. Sin embargo, a diferencia de lo acontecido con aquella, el estudio de la guerra no despertó los mismos esfuerzos intelectuales entre los hombres de ciencia. Aún cuando en nuestros días los lazos que unen a la guerra y la política integran el “sentido común” de la teoría política contemporánea, lo cierto es que el camino iniciado por Maquiavelo estuvo rodeado de obstáculos, condenas y agravios. Su fascinación por los asuntos militares no fue bien vista entre sus contemporáneos y tuvieron que transcurrir casi dos siglos para que su legado teórico sea finalmente estimado.³

No obstante, la desestimación de las premisas maquiavélicas fue un reflejo de las condiciones políticas y sociales que caracterizaron a los fenómenos militares en los tiempos del Antiguo Régimen. Aunque regular, durante siglos el ejercicio de la guerra se mantuvo concentrado en un

² Portantiero, J. (1991) *La sociología clásica: Durkheim y Weber*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

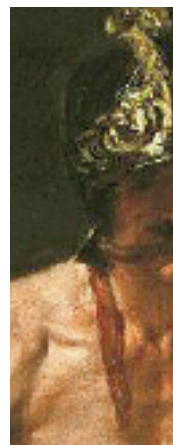
³ Respecto al legado del pensador italiano, José Fernández Vega destaca que “Un siglo después de Maquiavelo, el pensamiento político ya no caracterizaba unánimemente a la guerra como un atributo intrínseco y necesario de la política (...) El tratamiento de temas estratégicos pasó a un segundo plano quedando en manos de escritores militares, no filosóficos. Ninguno de los grandes maestros pensadores de la época que siguió al humanismo compuso tratados militares del tipo de *Dell’arte Della guerre*; en cambio, proliferaron los ensayos acerca de las condiciones para la conquista de la paz”. Fernández Vega, J. (2005) *Las guerras de la política. Clausewitz de Maquiavelo a Perón*. Buenos Aires: Edhasa, p. 35.



grupo restringido de hombres. Su estudio estaba confinado a círculos reducidos de especialistas, la mayor parte de ellos vinculados a la vida castrense, o que se desempeñaban como asesores técnicos y consejeros de los ejecutores del poder político.

Hacia finales del siglo XVII, la práctica y el interés por la guerra comenzaron a verse progresivamente alterados. La creciente magnitud de los ejércitos y los acelerados avances de la tecnología militar llevaron a las formas medievales de conducir y pensar las guerras hacia un sostenido declive, al tiempo que abrieron el camino a la emergencia de una nueva legión de conductores, estrategas y estudiosos. En este contexto, los analistas castrenses se esforzaron en adecuar las obsoletas premisas estratégicas del absolutismo a las nuevas contiendas. La racionalidad científica comenzó a ganar espacio en la interpretación de los fenómenos militares, y proliferaron intentos de identificar los principios, reglas y aspectos invariables de la práctica y conducción de las guerras.

Las “batallas doctrinarias” desatadas a raíz de estos procesos constituyen el objeto de estudio del presente trabajo. En las próximas páginas, pasaremos revista a la obra de algunos de los principales exponentes de las teorías militares entre finales del siglo XVII y principios del XIX. Nuestro punto de partida son las primeras reflexiones científicas de la guerra, referidas al arte de las fortificaciones. Desde allí, avanzaremos por la obra de Henry Lloyd, Dietrich von Bülow y Georg von Berenhorst, para detenernos finalmente en los aportes del barón Antoine Henri de Jomini, cuyas reflexiones se extendieron hasta las Guerras Napoleónicas. De este modo, el objetivo de este artículo se limitará a reconstruir los senderos por los que, a lo largo de estos siglos, fue gestándose la teoría moderna sobre la guerra, la política y la estrategia.



2. La teoría militar durante el absolutismo: el arte de las fortificaciones y la aversión a la batalla

“En épocas pasadas, cuando las fuerzas armadas vivían encastilladas en sus cuarteles, fortalezas, buques o campamentos y no tenían mayor contacto con el pueblo, éste tampoco se interesaba mucho por ellas. La guerra era en aquel entonces un asunto que incumbía más bien al monarca o al gobierno, y aún cuando la población soportaba su costo, por lo general se desentendía de ella.”⁴

Según Norberto Bobbio, fue recién hacia finales del siglo XVIII cuando el tema de la guerra irrumpió en la agenda de la teoría y la filosofía política moderna.⁵ Hasta entonces, las únicas reflexiones relativas a los lazos entre política y guerra provenían de las prematuras observaciones de Maquiavelo. Esto nos lleva a pensar que aún cuando el estudio de la guerra despertó el interés de los hombres desde la antigüedad, lo cierto es que esta atención no puede compararse, bajo ningún aspecto, con los crecientes y regulares esfuerzos que los hombres han dedicado a su ejercicio.⁶

Las razones que han llevado a discontinuar el legado de Maquiavelo en los años posteriores a su muerte han sido elocuentemente advertidas por José Fernández Vega. En su libro *Las guerras de la política*, el autor indica que la predominancia de los enfoques iusnaturalistas durante los siglos XVI y XVII condujo a confinar los fenómenos militares hacia los márgenes del orden social.⁷ La guerra, sostenían los pensadores del derecho natu-

⁴ Rattenbach, B. (1959) *Sociología Militar*. Buenos Aires: Círculo Militar Argentino, p. 23.

⁵ Bobbio, N. (1997) *El tercero ausente*. Madrid: Ediciones Cátedra.

⁶ Como ha observado Flabián Nievas, “el desinterés académico [en la guerra] es inversamente proporcional al interés profesional en este fenómeno”. Nievas, F. (2009) “Sociología de la guerra”. En *Revista Redes* N° 5, p. 25.

⁷ Fernández Vega, J. (2005) *Las guerras de la política. Clausewitz de Maquiavelo a Perón*. *Op. Cit.*, p. 37-39.



las guerras de la baja Edad Media consistían en una sucesión de sitios de fortalezas, y transcurrían sin excesivos derramamientos de sangre. Frecuentemente, el objetivo central de una operación militar era la conquista de una fortificación, o bien su asedio hasta lograr la rendición del enemigo. Las batallas reales o directas entre tropas no eran habituales, y estas solían precipitarse a raíz de los intentos de alguno de los bandos de rechazar o defender la llegada de refuerzos a una fortificación sitiada.⁹

Las razones que explican esta dinámica son de las más variadas. Sin embargo, como aspecto central debemos señalar que una de las mayores amenazas que debían enfrentar los ejércitos del Antiguo Régimen era la desertión de sus propios hombres. Compuestos por una buena porción de mercenarios, los soldados de los ejércitos absolutistas mantenían un compromiso ambivalente con las motivaciones políticas de sus comandantes. Una confrontación directa entre las fuerzas “hubiera colocado a prueba el valor y el coraje de los soldados mercenarios, reconocidos por su dudoso carácter y su falta de compromiso con las ‘causas’”.¹⁰ Así las cosas, ningún estratega de ese entonces estaba dispuesto a dejar librado el resultado de una contienda a la voluntad y el coraje de sus tropas.

Estas condiciones impactaban también en las maniobras de combate. Las formaciones militares del absolutismo marchaban de forma rígida y estructurada, y los oficiales ejercían una poderosa disciplina sobre sus soldados. Los movimientos y desplazamientos rápidos de los ejércitos eran muy dificultosos, situación que, junto a la práctica del asedio de las fortifi-

⁹ Para un abordaje detallado de las formas de la guerra en la baja edad media, puede consultarse Nievas, F. (2010) “Las formas de la guerra en el absolutismo”. En *Cuadernos de Marte*, N° 0. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires. [Disponible en www.iigg.sociales.uba.ar].

¹⁰ Saint Pierre, H. y Bigatao, P. (2008) *Las mutantes máscaras de Marte*. En Tamayo, A. (ed.) *Conocer la guerra, construir la seguridad. Aproximaciones desde la sociedad civil*. Lima: Instituto de Defensa Legal.



caciones, redundaba en el mantenimiento de batallas de larga duración, donde las fuerzas permanecían casi inmovilizadas durante extensos períodos de tiempo.

En un libro clásico sobre las transformaciones militares de los inicios de la modernidad en Occidente, Geoffrey Parker ofrece una descripción minuciosa de este panorama. Según detalla,

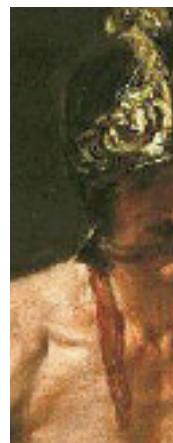
“Era normal que la toma de una plaza fuerte defendida (...) requiriese varios meses, si no años, y había que erigir y guarnecer un conjunto de obras de asedio, hasta que o bien los defensores se rendían por hambre, o bien las trincheras podían acercarse tanto a las murallas que era posible cañonear a corta distancia y dar el asalto, o bien se podían excavar túneles bajo un bastión e instalar en ellos minas de pólvora”.¹¹

La teoría militar del absolutismo no estaba escindida de la dinámica descrita. En líneas generales, las teorías occidentales de la guerra de mediados del siglo XVII y hasta el XVIII se limitaban a enumerar un conjunto de operaciones y maniobras de combate centradas en las estrategias del asedio. Esto explica que, durante estos años, “la imaginación estratégica de todos, salvo la de unos pocos comandantes, estaba restringida por los axiomas aceptados para una guerra de sitio.”¹²

En resumen, el panorama general de las guerras absolutistas no tuvo grandes variaciones respecto a los enfrentamientos medievales, más allá de las innovaciones generadas a nivel técnico, y del progresivo crecimiento en la magnitud de las tropas. En consecuencia, hasta la primera mitad del siglo XVIII la tarea de los teóricos militares consistió en adecuar el despliegue de las tropas y las tácticas operacionales a las diferentes innova-

¹¹ Parker, G. (1990) *La revolución militar*. Barcelona: Editorial Crítica, p. 32.

¹² Mead Earle, E. (1968) *Creadores de la estrategia moderna*, Tomo I. Buenos Aires: Círculo Militar.



ciones técnicas que fueron sucediéndose desde el siglo XVI, y en particular, a la evolución de la artillería.¹³

2.1 *El arte de las fortificaciones*

Una de las figuras militares más influyentes en la teoría militar de las guerras absolutistas fue Sebastien Le Prestre de Vauban, más conocido como el Marqués de Vauban (1633-1701). Corresponde a este ingeniero y economista francés, asesor de Luis XIV, la creación de gran parte de los axiomas fundamentales de las guerras de asedio que se desarrollaron durante los siglos XVI y XVIII. Vauban era definido por sus contemporáneos como un especialista “en el arte de sitiar fortalezas y en la ciencia de las fortificaciones”.¹⁴ Sus escritos, sin embargo, nunca llegaron a publicarse durante su vida sino de manera parcial y desordenada. Su legado fue más de dos centenares de fuertes y ciudades amuralladas, obra que constituye uno de los principales exponentes de la ingeniería militar moderna.¹⁵

¹³ El perfeccionamiento de la artillería impactó profundamente en el despliegue de las tropas, y concentró la mirada de la mayoría de los estrategas de finales del siglo XVII y mediados del XVIII. Como destaca Nievas, “la utilización de artillería tuvo un efecto directo en el modo de hacer –y pensar– la guerra: dado que la línea de infantería podía tener pérdidas tan considerables que determinarían la suerte de toda la campaña en una sola batalla, los jefes militares estaban más preocupados por eludir la batalla mediante maniobras que en prepararla”. Ver Nievas, F. (2010) “La forma de la guerra en el absolutismo”, *Op. Cit.*, p. 24.

¹⁴ Cabe mencionar que con la invención y evolución de la artillería, los tradicionales castillos medievales quedaron prácticamente indefensos. Esto motivó la expansión de los Cuerpos de Ingenieros en los ejércitos europeos. Los ingenieros no sólo tuvieron la función de construir y diseñar los nuevos fuertes, sino también dirigir de los sitios o asedios. Como resultado del trabajo de estos técnicos militares, fue conformándose una nueva forma de fortificación, llamada “abaluartada”, y en la que el Marqués de Vauban desarrollará su especialidad. Ver: Carrillo de Albornoz, J. (2007) “La Real Academia de matemáticas de Barcelona como referente en la enseñanza militar en el siglo XVIII”. En Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (ed.) *La enseñanza de la historia militar en la Fuerzas Armadas*. España: Ministerio de Defensa, p. 9.

¹⁵ En 2008, doce fortalezas construidas por Vauban en las fronteras de Francia fueron consideradas por la Unesco como Patrimonio de la Humanidad. La más alta de estas ciudadelas fortificadas es la plaza de Mont-Louis, diseñada en 1679, y situada en la frontera con España.



En su labor como asesor de Luis XIV, Vauban recomendó el abandono de algunas tierras “indefendibles” por sus particularidades geográficas, y propició una mayor protección de zonas fronterizas estratégicas para frenar el avance de las tropas enemigas. Enumeró una serie de principios para la construcción de ciudades amuralladas, dando lugar al denominado “Sistema de Vauban de fortificaciones”.¹⁶ Allí especificó, entre otras cosas, la altura y los espesores adecuados de las murallas para enfrentar los avances de la artillería, enunció su predilección por las construcciones concéntricas y de forma estrellada, y precisó los criterios para el diseño de fosas de agua y pasajes subterráneos.

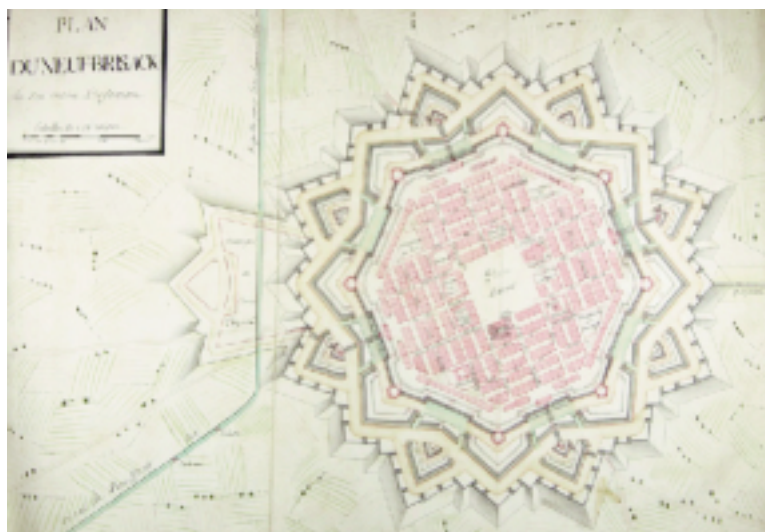
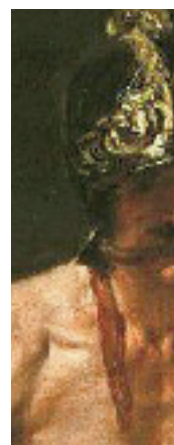


Figura 1. Plano del Fuerte de Neuf-Brisach, construido entre 1679 y 1698. Fuente: Service historique de la Défense. Ministère de la Défense de France.

El estratega francés también realizó una importante contribución a las tácticas de ataque a las fortalezas y de protección de las tropas sitiadoras. A través de un empleo original de trincheras transitorias, los diseños ofen-

¹⁶ En rigor, Vauban diseñó tres sistemas de fortificaciones. Para un mayor detalle, se sugiere consultar Guerlac, H. (1968) “Vauban: la importancia de la ciencia en la guerra”. *Op. Cit.*



sivos de Vauban permitieron disminuir notablemente la cantidad de bajas que acarreaban los intentos de tomar fortalezas.

Vauban compartía, al igual que sus contemporáneos iusnaturalistas en el ámbito de la teoría política, una profunda aversión al derramamiento de sangre. Pero los motivos de este rechazo eran, antes que morales, de carácter económico y táctico. Como hemos señalado anteriormente, la formación y el mantenimiento de los ejércitos durante el absolutismo era sumamente costosa, y el despliegue de soldados implicaba invertir gigantescas sumas de dinero. Las bajas resultantes no eran fácilmente reemplazables, situación que llevaba a los comandantes a esquivar las confrontaciones directas con el enemigo en la medida de lo posible. Los enfrentamientos abiertos entre tropas eran habitualmente evitados, ya que la decisión de entrar en una batalla acarreaba riesgos enormes y podía significar la ruina.

En consecuencia, entre los siglos XVI y XVIII los vínculos entre el pensamiento científico y las teorías de la guerra estuvieron centrados en la necesidad de optimar las técnicas e instrumentos de combate, y en perfeccionar las maniobras ofensivas y defensivas. Al igual que sucedió con Vauban, los científicos eran habitualmente contratados por los monarcas para recibir sus consejos sobre asuntos técnico-militares. Durante este período predominaron “las investigaciones balísticas; los estudios sobre impacto y retroceso; las investigaciones sobre pólvora mejorada y las propiedades del nitro”, entre otros asuntos.¹⁷

De este modo, hasta bien entrado el siglo XVIII la vinculación entre los conocimientos científicos y el arte de la guerra tuvo una impronta estrictamente instrumental. Fue recién a partir de la aparición en escena de Henry Lloyd que esta relación comenzó a complejizarse. Las observaciones de

¹⁷ Guerlac, H. (1968) “Vauban: la importancia de la ciencia en la guerra”. *Op. Cit.*, p. 84.



Lloyd no fueron el mero resultado de la genialidad intelectual, sino que expresaron el profundo cambio de época que se avecinaba. A partir de entonces, la teoría militar comenzó a prestar mayor atención a las variaciones en las formas de dominación política y a vincularse cada vez más con los avances acaecidos en el conocimiento científico de la realidad social.

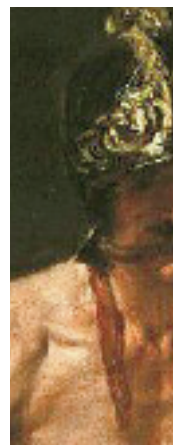
3. La ciencia aplicada a la guerra: los aspectos invariables del arte militar

Durante los siglos absolutistas, las máximas del arte de la guerra no variaron sustancialmente de aquellas esbozadas en los tratados estratégicos de la antigüedad. La evolución podía registrarse más nítidamente el ámbito operacional y táctico de la batalla, pero incluso aún en esta esfera los principios centrales de la guerra permanecieron casi inmutables.

Los tratados de teoría militar de la época eran un compendio de maniobras de combate, reseñas de experiencias históricas de campaña y una acumulación de saberes técnicos más o menos sistematizados.¹⁸ La tarea de un buen comandante residía en aprender estos conocimientos prácticos, acervo que le permitiría garantizar un buen desempeño durante la batalla y un eficaz aprovechamiento de las fuerzas militares disponibles.¹⁹

¹⁸ Howard, M. (1968) "Jomini y la tradición clásica en el pensamiento militar". En *Teoría y Práctica de la guerra*, Tomo I. Buenos Aires: Círculo Militar, p. 18.

¹⁹ Respecto a la importancia de la historia en la formación de los militares, Davide Maffi señala que desde el Renacimiento, la historia militar "era considerada como fundamento indispensable para la educación y la formación de los jóvenes nobles en el oficio de las armas. En una época, como era precisamente la edad moderna, en la que el binomio aristocracia, ejército aparecía fuera de discusión, en un mundo dominado por el ideal aristocrático del oficial gentilhomme y donde el mando de los ejércitos era monopolio absoluto de los exponentes del segundo estado, la enseñanza de algunos principios básicos sobre la conducta de los ejércitos se hacía básica para la formación de los jóvenes descendientes de la aristocracia que habrían sido iniciados en el oficio de las armas". Ver Maffi, D. (2007) "El estudio de la historia militar en la Edad Moderna". En Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (ed.) *La enseñanza de la historia militar en la Fuerzas Armadas*. España: Ministerio de Defensa, p. 39.



Por su parte, los grandes asuntos estratégicos de la guerra –aquello que hoy denominaríamos como “gran estrategia” o estrategia nacional– no constituían un objeto de interés, aún cuando ocupaban un lugar clave en los tratados clásicos de la materia.

Sin embargo, la sostenida expansión de la magnitud de los ejércitos y el creciente protagonismo de la artillería en los campos de batalla no pasaron desapercibidos para los observadores. Estas transformaciones motivaron una progresiva recuperación, a partir del siglo XVI, de las enseñanzas de los escritos y tratados clásicos de historia y arte militar. Según Davide Maffi, esta recuperación tuvo la función pedagógica de “convencer a la nobleza europea del XVI-XVII de que abandonase sus viejos ideales guerreros, [y] desmantelase aquella serie de convicciones arcaicas sobre la dirección de las operaciones militares que ya no estaban más al día”.²⁰ En las nuevas guerras comenzó a primar la integración de las distintas armas y la disciplina en el campo de batalla adquirió cada vez más importancia, tanto en la organización táctica para el combate, como en el respeto férreo a la jerarquía de mando. Estas transformaciones debieron enfrentar una ardua resistencia por parte de la vieja caballería feudal, que había representado durante siglos los valores clásicos de la nobleza europea.

Maffi advierte que la progresiva integración de las armas en las contiendas condujo, paralelamente, a eliminar la distinción entre jerarquías sociales en el campo de batalla. Lejos de los enfrentamientos específicos (arma versus arma), en las nuevas guerras fue imponiéndose el carácter conjunto del accionar militar, independientemente de la casta social que cada arma representaba. Paralelamente, y como resultado del abandono de los valores guerreros de la aristocracia medieval y de los ideales cabaleres-

²⁰ Maffi, D. (2007) “El estudio de la historia militar en la Edad Moderna”. *Op. Cit.*, p. 45.



cos cultivados durante siglos, fue imponiéndose una progresiva “dirección científica” en el campo de batalla y en la conducción de las operaciones de combate.²¹

La relectura de los tratados clásicos de la estrategia, junto a la revalorización del papel de la infantería, contribuyó a percibir la influencia de los aspectos sociales y políticos en la práctica de la guerra. Además, motivó a los nuevos estrategas a emprender la búsqueda de las reglas y los aspectos “invariables” de los fenómenos militares.

3.1 Arte y ciencia militar: Henry Lloyd

La crítica a este panorama intelectual constituye el punto de partida de la obra escrita de Henry Humphrey Evans Lloyd (1718-1784). En su primer trabajo militar, publicado en 1766, expresaba que:

“Por una inexplicable contradicción de la mente humana, aquellos que abrazan esta profesión [la militar] se toman poco o ningún trabajo en estudiarla. Parecen pensar que el conocimiento de unas pocas insignificantes e inútiles naderías contribuye a formar a un gran oficial. Esta opinión es tan general, que poco o nada es enseñado en el presente en ningún ejército, sea el que fuere”.²²

Seguidamente, se alarmaba por el escaso interés que el estudio sistemático de los temas militares despertaba entre sus contemporáneos, principalmente entre los hombres de ciencia. Señalaba que la guerra, como

²¹ Davide Maffi no deja de puntualizar las resistencias que estos cambios encontraron entre los caballeros de la nobleza, donde pese a las evidentes transformaciones en las dinámicas de las guerras, imperaba “la convicción de que el oficio de las armas no se aprendía en los bancos de escuela, sino sólo en el campo, en la dura escuela de la guerra.” Maffi, D. (2007) “El estudio de la historia militar en la Edad Moderna”. *Op. Cit.*, p. 49.

²² Lloyd, H. (1766) *La historia de la última guerra en Alemania entre el rey de Prusia y la emperatriz de Alemania y sus aliados*. Londres, p. 5. Citado por Howard, M. (1968) “Jomini y la tradición clásica en el pensamiento militar”. En *Teoría y Práctica de la guerra*, Tomo I. Buenos Aires: Círculo Militar, p. 15.



cualquier otro arte, “está sustentado en ciertos principios fijos, que son, por su naturaleza, invariables; la aplicación de ellos puede variar solamente, pero ellos mismos son constantes”.

Nacido en Gales, Lloyd se había educado militarmente en España. Mostrando una gran afición por la matemática, repartió su interés académico entre dos tópicos centrales: la teoría económica y el Estado.²³ De la confluencia entre ambos elaboró su enfoque conceptual sobre los fenómenos militares, sobre los cuales intentó aplicar los principios del análisis matemático.

Su formación ecléctica influyó probablemente en su mirada sobre la guerra. Los aspectos centrales de su teoría fueron plasmados en una obra titulada *Memorias Militares*, publicada en 1781. Lloyd sostuvo que la guerra estaba conformada por la convergencia de dos partes: una mecánica, estudiada a partir del empleo de la racionalidad matemática y geométrica, y otra moral o política, dominada por las pasiones. La primera era aprehensible para la racionalidad humana, y por lo tanto, su conocimiento podía derivar en la comprensión científica de la guerra.

Lloyd introdujo en la jerga militar varios conceptos centrales de la teoría de la estrategia moderna; entre ellos, el de “línea de operaciones”, que sería retomado posteriormente por estudiosos de la talla de Jomini y Clausewitz. En el campo de batalla, estas líneas unían la base de operaciones de una fuerza militar con su objetivo o destino final. Lloyd aconsejaba que debían ser lo más cortas y directas posible para facilitar la movilidad y el despliegue de las tropas. Las fuerzas propias debían proteger constantemente su línea de operaciones y no debían ahorrar recursos en hostigar la de sus contendientes. Según Lloyd, cualquier maniobra –la forma de apro-

²³ Lloyd fue el autor de una obra pionera del pensamiento matemático aplicado al análisis monetario, titulada *An Essay on the Theory of Money*, y publicada en 1771. Ver: Blanco Gonzalez, M. (2001) *La economía matemática en la Italia Ilustrada*. Ponencia presentada en el VII Congreso de Historia Económica. Universidad de Zaragoza, p. 10.



ximarse al enemigo— no debía descuidar este principio central. La genialidad de un conductor militar dependía de su capacidad de elegir la línea de operaciones más adecuada para su despliegue de fuerzas.

Con esta mirada, Lloyd recuperó la proverbial tensión entre ciencia y arte en la teoría militar. Además, observó la importancia de los factores políticos y morales en el ámbito de la guerra,²⁴ aún cuando el centro de su atención permaneció en el estudio de los aspectos matemáticos y topográficos de los fenómenos militares.²⁵ La mayor de sus limitaciones respondió a factores más históricos que intelectuales: su muerte en 1784 le impidió observar las inminentes transformaciones que acontecerían con la Revolución Francesa. Por lo tanto, aunque certeros e innovadores, sus aportes teóricos se vieron sobrepasados por la gigantesca revolución militar desatada a principios del siglo XIX.

El legado de Lloyd fue recuperado por dos autores; cada uno de ellos buscó afianzar, de manera independiente, los aspectos sobresalientes de su teoría. Mientras que Dietrich von Bülow enfatizó la impronta matemática y mecanicista, Georg Berenhorst otorgó especial importancia a los factores morales y políticos de las contiendas. La batalla doctrinaria entre la ciencia y el arte en la guerra tuvo, a partir de entonces, dos exponentes bien diferenciados.

3.2 La geometría militar de von Bülow

El principal heredero de las posturas mecanicistas de Lloyd fue el prusiano Dietrich von Bülow (1757-1807). Si bien Bülow desarrolló su obra de manera contemporánea a la gesta revolucionaria de Francia, su capacidad

²⁴ Pablo Bonavena ha observado que Lloyd se anticipa a la vinculación entre guerra y política, elucubraba por Clausewitz décadas más tarde. Ver: Bonavena, P. (s/f) *Henry Humphrey Evans Lloyd*. Material de cátedra de Sociología de la Guerra. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales.

²⁵ Howard, M. (1968) "Jomini y la tradición clásica en el pensamiento militar". *Op. Cit.*, p. 19.



para dar cuenta de las transformaciones acaecidas en el ámbito político y militar fueron exiguas, hasta el punto de que su incorporación entre los padres de la estrategia moderna suele relativizarse. Pero más allá de las debilidades del pensamiento de Bülow –atribuibles a la mayor parte de los analistas de la época–, sus aportes deben ser considerados.

La principal motivación de Bülow fue hacer de la guerra un objeto científicamente aprehensible. Para ello, apeló a las herramientas de la ciencia, especialmente a las provenientes de las matemáticas, tal como había recomendado Henry Lloyd. Pero a diferencia de su mentor, el prusiano concluyó que todos los elementos que confluyen en los fenómenos militares podían ser geoméricamente estudiados.

En este contexto, otorgó una precisión matemática a la tarea de conducir la guerra, y sostuvo que el éxito o la derrota en el campo de batalla dependía del conocimiento de sus principios geoméricos.²⁶ Todas las operaciones militares debían concebirse en términos de un triángulo. El ápice del triángulo identificaba el objetivo militar del ejército, mientras que los dos ángulos restantes constituían la base de operaciones. Atendiendo a este diagrama, el prusiano sostuvo que para que una maniobra militar pueda ser emprendida con éxito, el ángulo del ápice (que señalaba el objetivo militar) debía ser de por lo menos 90 grados. En la medida en que el ángulo se reducía, la operación ganaba en vulnerabilidad, ya que se alargaba la línea de operaciones y se expandían las debilidades de las fuerzas.

En la doctrina de Bülow, el ejército era concebido como un mecanismo de relojería, y debía responder de forma precisa a las direcciones de los comandantes. La responsabilidad central recaía entonces en los conocimientos del conductor militar: si este contaba con los saberes fundamenta-

²⁶ Para una descripción mayor de los principios geoméricos del arte militar de von Bülow, se sugiere consultar Bonavena, P. (2008) *Algunas notas sobre el arte militar en von Bülow*. Material de cátedra de Sociología de la Guerra. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales.



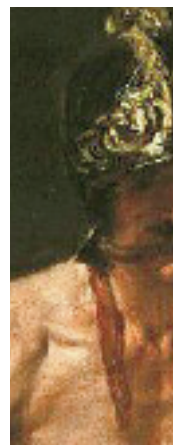
les del arte de la guerra, podía conducir las operaciones militares con alta probabilidad de éxito, independientemente de su experiencia en el campo de batalla.

El supuesto más débil de este modelo geométrico era su pretensión de predecir el resultado de las batallas e impedir enfrentamientos innecesarios entre las fuerzas militares. Según Bülow, el resultado de una guerra podía inferirse a partir del estudio de la forma en que los contendientes desplegaban sus tropas en el terreno y construían su “base de operaciones”. Por lo tanto, si se aplicaban con celeridad los principios de la guerra, la entrada en combate podía ser prevenida. En este sentido, Pablo Bonavena señala que Bülow “continuó dominado por las antiguas ideas estratégicas básicas. Quedaba en pie la repulsión por la batalla, la sobreestimación de la maniobra, la adoración de los puntos y líneas estratégicas, y un total desdén por el papel de las fuerzas morales en la guerra”.²⁷

Estas observaciones expresan los límites de Bülow para mensurar la magnitud de las transformaciones acaecidas tras la revolución en Francia. Sus postulados no fueron bien recibidos en el ámbito militar, y su obra fue rechazada por sus contemporáneos. Debemos decir, sin embargo, que sus reflexiones evidenciaron los vacíos existentes en el campo de reflexión de la teoría militar, que no terminaba de registrar las transformaciones políticas acumuladas desde mediados del siglo XVII. Esto explica que el impacto de la racionalidad científica en la teoría de la guerra haya sido, para estos años, de carácter marginal y asistémico.

Sin embargo, pese a las críticas de sus contemporáneos y al carácter obsoleto de su teoría geométrica, Bülow dio cuenta de algunas transformaciones que constituyeron un avance importante en la vinculación entre los factores políticos y la guerra. Entre sus recomendaciones para el ejército

²⁷ Bonavena, P. (2008) *Algunas notas sobre el arte militar en von Bülow. Op. Cit.*



prusiano, se destaca la adopción del modelo francés de conscripción universal, debido a los efectos que el nacionalismo tenía sobre la moral de los soldados. Sostuvo además que lo político y lo militar eran dimensiones inseparables y que, así como un buen general debía de conocer las cuestiones fundamentales de la política internacional, un buen gobernante no podía desconocer los problemas de la teoría militar. Por esta razón Robert Palmer destaca como un mérito de Bülow haber palpado parcialmente la naturaleza de la revolución militar que se avecinaba. Esta revolución, lejos de ser meramente tecnológica, era política.²⁸

3.3 El regreso del arte en la guerra: Berenhorst

El oficial Georg von Berenhorst (1733-1814) fue el responsable de revertir el exacerbado mecanicismo que Bülow otorgó a la herencia teórica de Henry Lloyd. Contemporáneo de Bülow, este diplomático y académico compartió su preocupación por la incapacidad de las tropas prusianas para enfrentar al ejército francés. Pero a diferencia de aquel, enfatizó los aspectos morales en la guerra, alejándose de la búsqueda de reglas mecánicas o principios invariables en el arte militar.

Berenhorst sostuvo que la teoría formal resultaba inaplicable a este campo de prácticas y saberes. En su obra central, titulada *Reflexiones sobre el arte de la guerra* (1799), advirtió que la guerra se encontraba dominada por la contingencia, lo excepcional y lo impredecible. La búsqueda de “reglas de la guerra” era una pérdida de tiempo, lo cual quedaba demostrado en las continuas excepciones y aclaraciones en las que recaían aquellos que emprendían esta tarea. Además, la invención de las armas de fuego había aumentado aún más la contingencia que caracteri-

²⁸ Palmer, R. (1968) “Federico el Grande, Guibert, Bülow: De la guerra de dinastías a la guerra nacional”. En Mead Earle, E. (comp.) *Creadores de la Estrategia Moderna*, Tomo I. Buenos Aires: Círculo Militar.



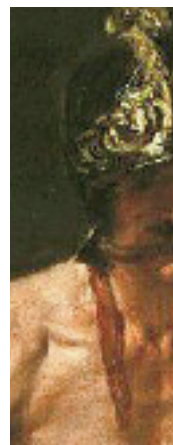
zaba a cualquier batalla. Por lo tanto, frente a la ausencia de principios científicos en la guerra, la responsabilidad central respecto al desempeño de las fuerzas militares en las batallas recaía en el genio militar, en el espíritu de los combatientes y en el factor moral que los animaba a pelear.

El excesivo escepticismo teórico de Berenhorst hizo que fuera considerado como la antítesis del pensamiento científico militar, que alcanzó tal vez el paroxismo en la obra de von Bülow y continuó parcialmente en la de Antoine Henri de Jomini.²⁹ Pese a compartir esta caracterización, la razón que nos motiva a incluir a Berenhorst en esta genealogía deviene de sus referencias a la naturaleza de los cambios desatados tras la Revolución Francesa. Según él, la magnitud de estas transformaciones convirtió en obsoletos a los ejércitos tradicionales, que debían ser reemplazados por un “ejército de ciudadanos”. Como destaca Martin van Creveld, su mérito yace en haber entendido que “los soldados eran más que robots, y que los ejércitos no eran simples máquinas que se movían y actuaban según las direcciones de su comandante”.³⁰ Respecto al trasfondo “irracional” de las reflexiones de Berenhorst, van Creveld las adjudica a su reconocida adhesión a los postulados romanticistas. Esta adhesión evidencia, a su vez, el progresivo impacto de los movimientos intelectuales de finales del siglo XVIII en el pensamiento militar y en el accionar de los hombres de armas.

En oposición al rechazo que había despertado el racionalismo de Bülow, las ideas de Berenhorst fueron bien recibidas entre sus contemporáneos. Sin embargo, como señala Michael Howard, ambos pensadores se verían prontamente desplazados por las ideas de los dos principales intérpretes

²⁹ Aron y van Creveld han sostenido que del equilibrio entre ambos autores, se construyó la mirada teórica de Carl von Clausewitz. Ver Van Creveld, M. (2005) *The Art of War: War and Military Thought*. London: Casell, p. 112; y Aron, R. (1993) *Pensar la guerra*, Clausewitz. Madrid: Ministerio de Defensa, p. 84.

³⁰ En inglés en el original. La traducción es nuestra. Van Creveld (2005) *The art or war. War and military thought*. London: Casell, p. 113.



de Napoleón: Antoine Henri de Jomini y Carl von Clausewitz.³¹ Mientras que el primero reanudó el camino iniciado por Lloyd y continuado por von Bülow, el pensamiento de Clausewitz recuperó las advertencias de Berenhorst, otorgando a los aspectos impredecibles y morales de la batalla un rol sustancial en el estudio de la guerra.

4. La revolución de la guerra: el camino a la “nación en armas”

“A fines del siglo XVIII, este cuadro cambió (...) El pueblo empezó a identificarse con sus fuerzas armadas y a sentir que formaba parte de ellas; y eso no sólo por el aporte de su sangre, sino también por el resultado político que esperaba de la lucha”.³²

Hasta aquí hemos dado cuenta de los aspectos centrales de la teoría militar de finales del siglo XVII y principios del XVIII. Con mayores o menores éxitos, los autores reseñados se esforzaron por explicar las transformaciones acaecidas en el ámbito militar. Sus miradas, sin embargo, no lograron apartarse de los enfoques operacionales y tácticos, y acabaron reproduciendo gran parte de los esquemas tradicionales del pensamiento medievalista.

Los aspectos políticos y sociales de la guerra no ocupaban todavía un lugar privilegiado en estos abordajes. Los esfuerzos intelectuales mostraron serias dificultades para adaptarse a los nuevos tiempos y su comprensión de los cambios avecinados en las vísperas de la Revolución Francesa fue parcial e incompleta, incluso en la propia Francia, donde, en palabras de Robert Palmer, “los militares profesionales de estos años estaban demasiados ocupados en combates, para poder escribir sobre lo que esta-

³¹ Howard, M. (1968) “Jomini y la tradición clásica en el pensamiento militar”. *Op. Cit.*, p. 22.

³² Rattenbach, B. (1959) *Sociología Militar*. *Op. Cit.*, p. 23.



ban haciendo”.³³ La dimensión histórica y social de la guerra no constituía una gran preocupación, y aunque es posible encontrar algunas referencias a la relación entre guerra y política –por ejemplo, en el caso de von Bulow y Berenhorst–, lo cierto es que tras su mención los teóricos pasaban a ocuparse de otros asuntos.

Pese a ello, debemos decir que estas limitaciones fueron propias de un clima de época, dentro del cual la reflexión sobre la guerra no permaneció aislada. Estos enfoques se conjugaron perfectamente con la aversión a la práctica militar que caracterizó al pensamiento iluminista de los siglos XVI y XVII. Aunque todavía circulaban por senderos separados, la teoría política y la teoría militar coincidió en su rechazo a los derramamientos “innecesarios” de sangre. Ambos campos de conocimiento creyeron que era posible regular –a través de reglas morales en un caso, y geométricas en otro– la dinámica y los alcances de los enfrentamientos armados.

Las transformaciones acontecidas con la Revolución Francesa han sido profundamente estudiadas por la literatura académica.³⁴ Abundan trabajos dedicados a evaluar estos sucesos, al punto de que la historiografía se encuentra aún debatiendo sus alcances e impactos.³⁵ También han sido publicadas numerosas obras sobre la “revolución militar” resultante de la gesta francesa.³⁶ Sin embargo, a los fines de delimitar los carriles por los

³³ Palmer, R. (1968) “Federico el Grande, Guibert, Bulow: De la guerra de dinastías a la guerra nacional”. En Mead Earle, E. (comp.) *Creadores de la Estrategia Moderna*, Tomo I. Buenos Aires: Círculo Militar, p. 163.

³⁴ Constituyen obras clásicas sobre la temática los trabajos de Vovelle, M. (1979) *Introducción a la historia de la Revolución Francesa*. Barcelona: Editorial Crítica; Furet, F. (1978) *Pensar la Revolución Francesa*. Barcelona: Petrel; Soboul, A. (1986) *La Revolución Francesa*. Madrid: Hispamérica.

³⁵ Un excelente trabajo de revisión de estos debates es el trabajo de Benigno, F. (1999) *Espejos de la revolución. Conflicto e identidad política en la Europa moderna*. Barcelona: Editorial Crítica.

³⁶ El concepto “revolución militar” fue introducido originalmente por Roberts, M. (1956) *The Military Revolution: 1560-1660*. Michigan: Boyd. En dicha obra, el autor estudió el impacto de las transformaciones operacionales y estratégicas acontecidas en el arte de la



que circularon las teorías de la guerra durante la primera mitad del siglo XVIII, presentaremos una semblanza de las principales transformaciones acontecidas durante esta etapa.

La incertidumbre inicial que trajo aparejada las primeras Guerras de Resistencia de Francia quedó definitivamente esfumada luego de las campañas napoleónicas. Tras el primer lustro del siglo XVIII, estaba claro que la guerra había cambiado de forma irreversible. La mayoría de los analistas coinciden en señalar que uno de los cambios más trascendentales fue la leva en masa, decretada por la Asamblea Nacional de Francia.³⁷ Si bien antes de esta experiencia habían existido algunos intentos de reclutamiento para la milicia del Antiguo Régimen, la leva promulgada en 1793 provocó una profunda transformación en la organización de los ejércitos. En menos de un año, Francia duplicó el tamaño de su milicia, y volcó todos sus recursos económicos y materiales al sostenimiento de la guerra.³⁸ La leva en masa impactó inmediatamente en los sistemas de reclutamiento del resto de los ejércitos europeos, y marcó la transición hacia los denominados “ejércitos de ciudadanos” de los que hablaba Berenhorst. Los nue-

guerra sobre la sociedad en su conjunto. Posteriormente, Geoffrey Parker profundizó el análisis de Roberts, y extendió su empleo hasta los acontecimientos franceses (Ver: Parker, G. (1996) *The Military Revolution : Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*. Cambridge: University Press). En la actualidad, el empleo de la categoría “revolución militar” alcanza hasta la denominada “Revolución de los Asuntos Militares” propugnada por las doctrinas militares norteamericanas a finales de la década de 1990. Al respecto, se sugiere consultar: Rogers, C. (1995) *The Military Revolution Debate: Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe*. Colorado: Westview Press.

³⁷ La leva en masa estableció que “Desde este momento, y hasta que todos los enemigos hayan sido expulsados del suelo de la República, todos los franceses están en permanente requisición para el servicio de las armas. Los hombres jóvenes deben luchar; los hombres casados deben forjar armas y transportar provisiones; las mujeres deben fabricar tiendas y ropas, y deben servir en los hospitales; los niños deben trabajar el lino; los viejos deben ir a las plazas públicas para despertar el valor de los guerreros y predicar el odio hacia los reyes y la unidad de la República”.

³⁸ Debemos aclarar, no obstante, que en los años anteriores a la Revolución el ejército francés creció exponencialmente. Mientras que en 1650 el número de tropas rondaba en 100.000, en los primeros años del siglo XVII alcanzó los 400.000 hombres. Ver: Downing, B. (1992) *The Military Revolution and Political Change: Origins of Democracy and Autocracy in Early Modern Europe*. Princeton: University Press.



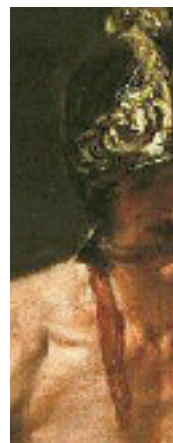
vos Estados “estuvieron en condiciones de mantener, durante largos períodos de tiempo, el mismo nivel de presión militar sobre el campo de batalla, [permitiéndose] un elevado número de bajas sin que esto condicionara su capacidad de reclutamiento o apoyo social”.³⁹

Las posteriores guerras napoleónicas produjeron numerosas innovaciones en el plano táctico y de comando, muchas de las cuales constituyen pilares organizacionales de los ejércitos actuales. Cabe destacar la adopción del sistema divisional, la unidad de mando, los ataques en columna y las innovaciones en el empleo táctico de la artillería.⁴⁰ Si bien algunas de estas innovaciones habían comenzado a implementarse décadas atrás, corresponde a Napoleón su adopción generalizada. Organizó sus tropas en divisiones y “cuerpos”, aumentó las maniobras operacionales de combate y otorgó una inigualable rapidez a las tropas. Esto supuso el quiebre de las tradicionales barreras de movilidad que estancaban a las fuerzas armadas medievales. Estas innovaciones favorecieron también el desplazamiento y despliegue territorial de las nuevas formaciones militares, que superaban ampliamente en magnitud a sus antecesoras.

A diferencia de los ejércitos anteriores, las fuerzas armadas de Napoleón fueron profundamente ofensivas. Según los observadores y teóricos de la época, el único propósito de sus tropas era la destrucción irracional, y todas sus victorias culminaban con una persecución avasallante de los ejércitos enemigos. Esto ha llevado a que las Guerras Napoleónicas sean recordadas por la magnitud de la violencia empleada.

³⁹ Colom Piella, G. (2008) *Entre Ares y Atenea. La revolución en los Asuntos Militares*. Madris: Instituto Universitario General Gutierrez Mellado, p. 66.

⁴⁰ Respecto al sistema divisional, algunos autores indican que sus orígenes se remontan a las transformaciones introducidas en Francia por el Duque de Choiseul, durante la Guerra de los Siete Años (1756-1763). En plena guerra, Choiseul incorporó una orgánica divisionaria, organizando las tropas en unidades relativamente independientes, que respondían a un mismo oficial general. Sin embargo, no será hasta los años de Napoleón que esta técnica alcanzará su máximo esplendor en la organización de las fuerzas armadas. Véase al respecto Colom Piella, G. (2008) *Entre Ares y Atenea. La revolución en los Asuntos Militares. Op. Cit.*, p. 64.



El crecimiento de la magnitud de los ejércitos provocó que los antiguos posicionamientos defensivos basados en la protección de fortalezas resultasen inaplicables. En consecuencia, para la primera década del siglo XVIII la mayoría de los tratados militares existentes se transformaron en un compendio de maniobras obsoletas. Pero la más importante de las innovaciones acaecidas con las guerras napoleónicas no tuvo que ver con aspectos técnicos, sino fundamentalmente sociales. Ambos aspectos estuvieron profundamente entrelazados, y al igual que sucedió con las innovaciones operativas, se contagiaron inmediatamente a toda Europa. Como explica Rothfels, tras Napoleón, los ejércitos europeos

“adoptaron muchos de los nuevos métodos y fines perseguidos, particularmente en cuanto a la estrategia de decisión. [Pero] todavía más importante fue el hecho de que la Europa continental adoptara de una manera u otra, las condiciones sociales y morales en las que se basaba la guerra napoleónica. Ya sea en una forma mas primitiva o mas moderna, la resistencia presentada a la dominación francesa pasó a convertirse en un asunto de los pueblos mismos”.⁴¹

Este proceso condujo a la nacionalización de los ejércitos y a la transformación de la guerra en un problema concerniente a toda la nación. Como señalan Héctor Saint Pierre y Paula Bigatao, “las nociones de ciudadanía y de soberanía popular, nacidas con la Revolución Francesa, influenciaron fuertemente en la formación y la estructura de los ejércitos —que pasaron de ser profesionales a ser de masas— y, consecuentemente, en la concepción estratégica, que pasó de la maniobra y la posición a la decisión por la batalla”.⁴²

⁴¹ Rothfels, H (1968) “Clausewitz”. En Mead Earle, E. (comp.) *Creadores de la Estrategia Moderna*. Buenos Aires: Círculo Militar, p. 222.

⁴² Saint Pierre, H., y Bigatao, P. (2008) *Las mutantes máscaras de Marte*. Op. Cit., p. 30.



4.1 El último estratega del siglo XVIII: las guerras de Jomini

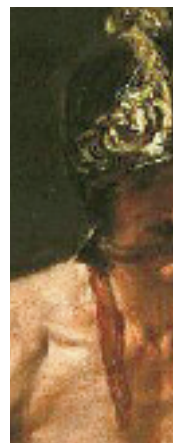
Al tiempo que las transformaciones de la guerra moderna mostraron su irreversibilidad, también comenzó a hacerlo la pretensión científica de su estudio. Prontamente, los teóricos y estudiosos de los fenómenos militares se abocaron al estudio de los evidentes cambios revolucionarios. Contaban, para estos años, con variados antecedentes. Aún así, durante los primeros años del siglo XVIII, buena parte de los analistas vio en las tropas de Napoleón un conglomerado de hombres desordenados, carentes de cualquier tipo de disciplina militar y condenados al fracaso.

Antoine Henri de Jomini (1779-1869) fue el primer teórico militar que logró sistematizar tempranamente algunas de las principales transformaciones acaecidas. De nacionalidad suizo-francesa, se unió al ejército francés en 1798. Pero su vida dio un vuelco trascendental cuando, luego de ver estancada su carrera en el ejército francés, ofreció sus servicios militares a Alejandro de Rusia. En las tropas del Zar, Jomini se consagró como general y terminó sus días como asesor militar.

Jomini escribió una vasta obra, que comprendió aspectos teóricos e históricos. En lo que concierne estrictamente a la teoría militar, sus principales aportes se concentraron en dos textos: el *Tratado de grandes operaciones militares* (1803) y *Precisiones del arte de la guerra* (1836), publicado poco después de la edición de *De la Guerra* de Clausewitz. Mientras que en el primero analizaba la Guerra de los Siete Años, en el segundo sistematizó su pensamiento estratégico y su teoría militar.⁴³

Jomini fijó el centro de sus preocupaciones en las tensiones referidas al estudio científico de la guerra. Naturalmente, su punto de partida fueron las obras de sus antecesores, situación que lo llevó a erigir su perspectiva teórica a la luz de los contrastes entre el “escepticismo científico” fundado por

⁴³ En este artículo, hemos utilizado la siguiente edición en inglés: Jomini, A. [1836] (2007) *The Art of War*. Rockville: Arc. Manor.



Berenhorst –y continuado según Jomini en la obra de Clausewitz–, y el “cientificismo absurdo” al que había arribado Bülow.

Señaló que dentro de la guerra era posible encontrar elementos y principios de validez universal. Renunciar a este supuesto, afirmaba el autor, equivaldría a renunciar a cualquier conocimiento preciso sobre los fenómenos militares. Concentró entonces sus esfuerzos en “demostrar la existencia de un principio fundamental en toda operación de guerra, de un principio que debía dirigir todas las medidas adoptadas a fin de que ellas llegaran a tener éxito”.

En líneas generales, su pensamiento se acercó más a las ideas de Bülow que a las de Berenhorst, pero no compartió su exacerbado mecanicismo. Jomini dedicó importantes críticas a Bülow, a quien acusó de haber sobreestimado los aspectos trigonométricos de la estrategia; señaló que la guerra, lejos de ser una actividad matemática, estaba atravesada por variables sumamente dramáticas y contingentes. Si bien la inteligencia y la racionalidad científica eran imprescindibles en la conducción de la guerra, sus alcances eran limitados, ya que en ocasiones el resultado de una contienda dependía de la valentía, el coraje y la iniciativa de los soldados.⁴⁴

Pese a ello, Jomini coincidió con Bulow en varios asuntos. En el plano operacional, otorgó similar importancia a la correcta elección de una línea de operaciones. Esta tarea, responsabilidad insoslayable del “genio militar”, debía considerar los aspectos geográficos y geométricos de la batalla. Un ejército debía concentrar sus esfuerzos en atacar las comunicaciones de su enemigo y en presionar las zonas decisivas de su línea de operaciones, sin descuidar en ningún momento su propia línea. La clave táctica

⁴⁴ “The passions which agitate the masses that are brought into collision, the warlike qualities of the masses, the energy and talent of their commanders, the spirit, more or less martial, of nations and epochs, in a word, every thing that can be called the poetry and metaphysics of war, will have a permanent influence on its results”. Jomini, A. [1836] (2007) *The Art of War. Op. Cit.*, p. 242.



para lograr este objetivo era hacer combatir a las fuerzas principales propias contra porciones de la fuerza enemiga. La velocidad en el desplazamiento era clave, ya que lo importante no era sólo atacar en el lugar preciso, sino también atacar a tiempo.

Así, el arte de la guerra consistía en hacer entrar en acción al mayor número posible de fuerzas en un punto decisivo y en el momento preciso. Elegir una correcta línea de operaciones era una regla ineludible e imprescindible en la formación de todo comandante, cuya principal virtud debía ser la “iniciativa estratégica”. Una elección acertada, afirmaba Jomini, dejaría al enemigo con dos opciones: combatir en condiciones desfavorables o retirarse de la zona de operaciones.

Hasta aquí no se observan mayores innovaciones en las advertencias de Jomini respecto a sus predecesores. Sus reflexiones sobre las maniobras militares no se alejan demasiado de las concepciones mecanicistas por las que criticaba insistentemente a von Bülow. Respecto a esta particularidad, Michael Howard señaló que:

“el énfasis de Jomini en la elección de maniobras decisivas, su argumento de que el problema del general es hacer coincidir las líneas teóricamente decisivas con los caminos existentes, su empleo constante de diagramas, con su implicación de que cada zona de operaciones puede ser reducida a una forma geométrica; todas estas cosas indican que Jomini no pensaba primariamente en el aniquilamiento del enemigo, sino en la obtención de territorio”.⁴⁵

¿Dónde residen, entonces, las innovaciones de Jomini? Ciertamente, es posible encontrar algunas posturas originales en lo que refiere al compor-

⁴⁵ Howard, M. (1968) “Jomini y la tradición clásica en el pensamiento militar”. *Op. Cit.*, p 201.



tamiento en el campo de batalla. Se destacan la importancia otorgada a la ofensiva en la guerra y sus consideraciones respecto a las ventajas de este tipo de estrategias. Según Jomini, la ofensiva evitaba la devastación del propio territorio y contribuía a elevar la moral de las tropas, al tiempo que intimidaba al enemigo y desestabilizaba a sus comandantes.⁴⁶ Sin embargo, la ofensividad también tenía sus problemas, ya que implicaba construir una larga línea de operaciones, y tal como habían observado Henry Lloyd y von Bülow, cuanto más larga la línea, mayor era su vulnerabilidad. Pero estas debilidades podían ser rápidamente compensadas con el impacto que generaría una invasión exitosa, situación que empujaba al adversario a buscar el fin de las hostilidades.⁴⁷

Estas afirmaciones sobre la ofensiva eran un reflejo casi literal de las campañas de Napoleón. Ninguno de los estrategas militares de los siglos anteriores se hubiese arriesgado a proponer este tipo de maniobras en el campo de batalla. En efecto, es posible pensar incluso que la valorización de la “iniciativa estratégica” y la supremacía de la sorpresa no son más que una manifestación de su propio asombro frente a la potencia devastadora de las tropas napoleónicas.

Si bien las reflexiones de Jomini renovaron algunos supuestos centrales de la teoría militar (la importancia otorgada a la ofensiva, la incorporación del coraje como dimensión de la guerra, la valorización de la iniciativa, y el desarrollo de grandes campañas), su pensamiento permaneció atrapado por la vorágine de los propios acontecimientos revolucionarios. Aún cuando incorporó algunos aspectos valiosos de las transformaciones militares acaecidas con la Revolución, nunca logró despegarse del todo de las concepciones absolutistas de la guerra. En palabras de Howard,

⁴⁶ Jomini, A. [1836] (2007) *The Art of War. Op. Cit.*, p. 11.

⁴⁷ Jomini, A. [1836] (2007) *The Art of War. Op. Cit.*, p. 16.



“Pese a que Jomini (...) criticó a Bülow por su racionalismo excesivo, (...) su propio modo de pensar de vio fuertemente influenciado por el racionalismo predominante en el siglo anterior. En la búsqueda de principios universalmente válidos y de máximas infalibles, se inclinó a pasar por alto los factores irracionales de la guerra que se extendían mas allá del reino de los cálculos”.⁴⁸

Jomini mantuvo la pretensión absolutista de regular la guerra según una serie de principios, reglas y procedimientos estandarizados. En esta tarea se concentraban también sus meditaciones científicas: detrás de sus cálculos subyacía la profunda aversión por la batalla que caracterizó a los primeros teóricos del arte de las fortificaciones. Sin embargo, se distanció de ellos al advertir que la guerra, lejos de ser una actividad aberrante e irracional, ocupaba un lugar protagónico en la vida de las sociedades. Aunque regulable, la guerra jamás podría ser extirpada de la civilización.

Estas particularidades hicieron que Jomini pase a la historia militar más como un estratega que como un pensador político de la guerra. Es esta caracterización la que lo enlaza con sus antecesores, y relativiza su protagonismo en la teoría moderna de la guerra. En particular, cuando su principal rival en esta materia fue nada menos que el prusiano Carl von Clausewitz.⁴⁹ Sin embargo, no es cierto que Jomini haya desconocido o menospreciado el carácter político de la guerra. Su distinción entre diferentes “tipos” de guerra deviene del reconocimiento de la incidencia de los factores políticos en la actividad militar, aspectos que debían ser ampliamente atendidos por la conducción. No era lo mismo combatir en una guerra de

⁴⁸ Howard, M. (1968) “Jomini y la tradición clásica en el pensamiento militar”. *Op. Cit.*, p. 201.

⁴⁹ Sobre la desvalorización de la obra de Jomini en relación con Clausewitz, se sugiere consultar: Bassford, C. (1993) *Jomini and Clausewitz: their interaction*. Ponencia presentada en “23rd Meeting of the Consortium on Revolutionary Europe”, Georgia State University. [Disponible en www.clausewitz.com]



ocupación territorial o de conquista que en una guerra motivada por fines defensivos o independentistas. Por esta razón, Jomini sostuvo que si bien la guerra debía ser conducida de acuerdo a ciertos principios invariables, éstos no eran ajenos a las circunstancias históricas de cada caso en particular.⁵⁰

5. Reflexiones finales

En el presente trabajo, nos hemos propuesto estudiar el derrotero conceptual que culminó en la conformación de las modernas teorías de la guerra. En las páginas previas, revisamos los principales esfuerzos teóricos desarrollados por los estudiosos militares del siglo XVII y XVIII, haciendo hincapié en los intentos de incorporar los nacientes preceptos de la “ciencia” en la comprensión de los enfrentamientos armados, de su dinámica y de sus reglas.

En el recorrido que desplegamos, distinguimos cuatro etapas en los orígenes de la ciencia militar. Primeramente, describimos las reflexiones respecto al arte de las fortificaciones y a la dinámica de las guerras de asedio. En este momento preliminar, consideramos los aportes del Marqués de Vauban, uno de los exponentes centrales de la ingeniería militar moderna. En segundo lugar, revisamos la obra del militar y economista Henry Lloyd, quien se propuso hallar, tal vez por vez primera, los “principios fundamentales” de la guerra. Recurrió para ello a las herramientas de la matemática, y sus esfuerzos derivaron en la formulación de algunos conceptos operacionales que, hasta nuestros días, ocupan un lugar protagónico en la formación de los oficiales. El concepto que más trascendió fue el de línea de operaciones, que fue recuperado por todos los autores subsiguientes.

En el tercer momento, los senderos de la ciencia militar comenzaron a complejizarse: Bülow y Berenhorst representaron, en las postrimerías del

⁵⁰ Jomini, A. [1836] (2007) *The Art of War. Op. Cit.*, p. 10

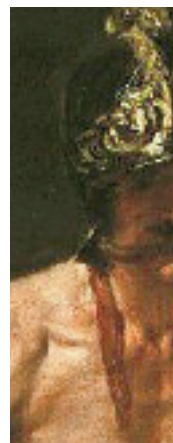


siglo XVIII, las tensiones entre la contingencia y la ciencia en la teoría de la guerra. Sus reflexiones constituyeron, finalmente, la base de apoyo del último de los autores al que nos referimos en el presente trabajo: el barón de Jomini.

En ocasiones, estos abordajes teóricos cobraron gran originalidad, y establecieron novedosos lazos entre la guerra, la política y la estrategia. Sin embargo, en sus aspectos centrales los intentos reseñados no lograron deshacerse cabalmente de las dinámicas de las guerras del pasado, y tuvieron serios problemas para explicar el devenir histórico de los enfrentamientos armados. Pese a ello, las “batallas doctrinarias” desatadas entre los teóricos de la guerra desde principios del siglo XVII sentaron las bases para la conformación del pensamiento militar moderno, que alcanzaría su esplendor, décadas más tarde, en la obra clásica *De la Guerra* del general prusiano Carl von Clausewitz.

BIBLIOGRAFÍA

- Aron, R. (1993) *Pensar la guerra, Clausewitz*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- Benigno, F. (1999) *Espejos de la revolución. Conflicto e identidad política en la Europa moderna*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Blanco Gonzalez, M. (2001) *La economía matemática en la Italia Ilustrada*. Ponencia presentada en el VII Congreso de Historia Económica. Universidad de Zaragoza.
- Bobbio, N. (1997) *El tercero ausente*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Bonavena, P. (s/f) *Henry Humphrey Evans Lloyd*. Material de cátedra de Sociología de la Guerra. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales.
- Bonavena, P. (2008) *Algunas notas sobre el arte militar en von Bülow*. Material de cátedra de Sociología de la Guerra. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales.



Carrillo de Albornoz, J. (2007) “La Real Academia de matemáticas de Barcelona como referente en la enseñanza militar en el siglo XVIII”. En Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (ed.) *La enseñanza de la historia militar en la Fuerzas Armadas*. España: Ministerio de Defensa.

Colom Piella, G. (2008) *Entre Ares y Atenea. La revolución en los Asuntos Militares*. Madris: Instituto Universitario General Gutierrez Mellado.

Downing, B. (1992) *The Military Revolution and Political Change: Origins of Democracy and Autocracy in Early Modern Europe*. Princeton: University Press.

Fernández Vega, J. (2005) *Las guerras de la política. Clausewitz de Maquiavelo a Perón*. Buenos Aires: Edhasa.

Furet, F. (1978) *Pensar la Revolución Francesa*. Barcelona: Petrel.

Guerlac, H. (1968) “Vauban: la importancia de la ciencia en la guerra”. En Mead Earle, E. (comp.) *Creadores de la Estrategia Moderna*, Tomo I. Buenos Aires: Círculo Militar.

Howard, M. (1968) “Jomini y la tradición clásica en el pensamiento militar”. En *Teoría y Práctica de la guerra*, Tomo I. Buenos Aires: Círculo Militar.

Maffi, D. (2007) “El estudio de la historia militar en la Edad Moderna”. En Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (ed.) *La enseñanza de la historia militar en la Fuerzas Armadas*. España: Ministerio de Defensa.

Mead Earle, E. (1968) *Creadores de la estrategia moderna*, Tomo I. Buenos Aires: Círculo Militar.

Nievas, F. (2009) “Sociología de la guerra”. En *Revista Redes* N° 5.

Nievas, F. (2010) “Las formas de la guerra en el absolutismo”. En *Cuadernos de Marte*, N° 0. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires. [Disponible en www.iigg.sociales.uba.ar/].

Palmer, R. (1968) “Federico el Grande, Guibert, Bülow: De la guerra de dinastías a la guerra nacional”. En Mead Earle, E. (comp.) *Creadores de la Estrategia Moderna*, Tomo I. Buenos Aires: Círculo Militar.



Parker, G. (1990) *La revolución militar*. Barcelona: Editorial Crítica.

Parker, G. (1996) *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*. Cambridge: University Press.

Portantiero, J. (1991) *La sociología clásica: Durkheim y Weber*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Rattenbach, B. (1959) *Sociología Militar*. Buenos Aires: Círculo Militar Argentino.

Rogers, C. (1995) *The Military Revolution Debate: Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe*. Colorado: Westview Press.

Roberts, M. (1956) *The Military Revolution: 1560-1660*. Michigan: Boyd.

Rothfels, H (1968) "Clausewitz", en Mead Earle, E. (comp.) *Creadores de la Estrategia Moderna*. Buenos Aires: Círculo Militar.

Saint Pierre, H. y Bigatao, P. (2008) *Las mutantes máscaras de Marte*. En Tamayo, A. (ed.) *Conocer la guerra, construir la seguridad. Aproximaciones desde la sociedad civil*. Lima: Instituto de Defensa Legal.

Soboul, A. (1986) *La Revolución Francesa*. Madrid: Hispamérica.

Van Creveld, M. (2005) *The Art of War: War and Military Thought*. London: Casell.

Vovelle, M. (1979) *Introducción a la historia de la Revolución Francesa*. Barcelona: Editorial Crítica.

